



Y eso nadie en su sano juicio

lo quería si bien, y cuando ya lo teníamos razonado tan sensatamente, Gema se solía descolgar con que sólo había sido una especie de experimento de Aspasia a ver que tal se nos daba eso de hacer comentarios sin los que «por supuesto, se podría vivir» pero le pareció que podía tener su gracia que se dijeran cosas, las que fuera, y que cada cual eligiese si se quería enterar de ellas o no.

Volvía entonces a haber divergencias porque, y pese a que Gema quisiera animarnos con que en apenas dos días nos habríamos hecho con el método y «ya veréis cómo os encanta en cuanto le tengáis pillado el tranquillo», el tío Aniceto, y eso que era incondicional de Aspasia, que la adoraba y todas sus ocurrencias le parecían sencillamente geniales, abogaba en contra aduciendo que ese tipo de digresiones —por más que corrieran paralelas, prácticamente, al núcleo central del discurso de quien en tal o cual momento estuviese asumiendo el protagonismo o siendo el o la portavoz de éste o aquel colectivo— iban a confundir a los ancianos y a los niños, que se andarían perdiendo todo el rato por vericuetos inextricables.

—Habrás sin embargo de reconocer, Aniceto —contraatacaba la tía Melinda, muy contenta de ver a Calpurnia...o, más exactamente, de ni verla ni oírla, mirando su reloj en ascuas, reconcomida, ahí, apartada del centro de la escena—, lo muy práctico que puede resultar en ocasiones el poder

hacer según qué comentarios sotto voce¹, así, sin herir susceptibilidades y sin dar un cuarto al pregonero.

—Ya, pero —el tío Aniceto jamás se enfrentaba, diplomático él y en aras de que reinase la paz en el hogar, directamente a su esposa sino que se escudaba, astutamente, tras el que daba él en considerar el más débil—, fíjate en doña Graciela.

Y aunque Gema gritó enfadada « ¡ya está bien! » y que para muestra bastaba un botón maldita fuese —pálido maldita fuese reflejo del que pronunció... « ¿Quién fue?, ¿Albertina, cuando el pobrecito Pascual estaba de cuerpo presente? »— lo dicho dicho estaba y ésta estaba siendo una de esas veces porque doña Graciela, que siempre parecía estar en otra parte, era, en la realidad de alguien, bastante observadora «o si no» —nos hizo notar otro alguien, y que nos acordáramos si queríamos— « ¿qué pasó con los pies de Etelvina? ».



Pero voluntariamente y por gusto y con agrado no quería nadie.

Hubo sí algunos voluntarios —«as» puestos a precisar porque aquella debía de ser —dijo alguno—, Rosarito la del sexto «aunque si me la hubiese encontrado en la calle no la habría reconocido; tan cambiada» y, las otras, tal vez la

¹ A la tía Melinda le gustaban los conjuntos de perlé y los pareados.

encargada de la floristería y la manceba de la farmacia o —doña Pura expresó su parecer con un «más me inclinaría yo por esas»—, la cuñada de la del quinto dos y una muchacha alta a la que la abuela Palmira le encontraba un enorme parecido con «no podría, así al pronto, decirte quién» que se ofrecieron —una de ellas—, a recordar cómo había sido una secretaria de dirección correcta que desempeñó impecablemente su trabajo más que por tener grandes aptitudes para ello sí porque las tenía, desde luego, bastante mejores que para el canto o la doma de caballos salvajes y porque además éste, el de secretaria, era un empleo ideal para ella porque, como no tenía a nadie en este mundo y se sentía bastante sola, era un alivio tener tantísimo que hacer en aquella oficina de la que salía, casi siempre, a altas horas de la noche y, tan cansada, que aunque hubiese tenido con quién habría contestado que no, que hoy no se encontraba con ánimos de ir a tomar una copa o a bailar; así que por ese lado puede decirse que había sido un personaje gris y —otra de ellas—, a poner un algo de color en la grisura evocándola como alumna de un colegio «al que asistió poco, quizás, pues no se tuvo conocimiento en el barrio de que aprendiese nada, y quién sabe si por una razón tan peregrina como que quien la enviara fuese persona negligente que se ocupara apenas de su formación y sí mucho de la apariencia, externa meramente, que ofrecía vestida con aquel uniforme tan elegante para la época», refirió, con sus calcetines blancos y su faldita tableada, y que no podía decirnos más.

Y por eso precisamente, porque en las mentes de los pocos en que estaba había sido una criatura anodina que pasó por el mundo sin dejar ninguna huella, nadie encontraba utilidad en recordarla.

—Y, como madre... ¿qué?— así, como queriendo dar pistas, el tal alguien.

— ¿Como madre?, ¿cómo que como madre? — Calpurnia, que puso el grito exactamente en el cielo, haciéndose de cruces protestando que a quién se le pudo ocurrir semejante infundio; y que « ¿cuándo; eh ?», cuándo había sido Etelvina madre cuando, ella, «yo que no faltó nunca; que hasta con fiebre a veces tan delicada como estoy» para estar al corriente de todo, no había oído jamás de eso ni media palabra.

—Bueno, mujer —pacificadora la abuela Benilde, que se la llevaban los demonios de tener que «ser yo, precisamente» quién tenía que hacerse cargo de la papeleta de calmarla—; si el que lo fuese o no lo fuese no va, en realidá, a ninguna parte...

Y que en lo que en conclusión había que fijarse era en sus pies...

—Ahí iba yo, ahí iba yo —alguien que no oculta su satisfacción al ver que la cosa se encauza—: A aquellas dos pequeñas metáforas sobre las que se asentaba, ide manera alegórica, se entiende!, el pragmatismo de Etelvina.

– ¡Bobadas! —Cándida, que mirando escéptica a doña Graciela—: Mírala, ni reacciona.

–Pues si no reacciona —Ursina, deseosa de tirar por tierra toda la argumentación de su gemela, a la que odiaba— tiene que estar habiendo un fallo en algún sitio; porque doña Graciela es muy fiable.

–Ya, pero...— e incluso la zarandearon un poquito; pero doña Graciela, ahí, como si nada.

Y allí estuvimos, discurrendo un buen rato, colocándonos en los sitios de siempre y aquilatando las palabras y los gestos —y hasta los estornudos, del abuelo, que hoy tenía un resfriado de verdad y no había forma de atajarlos— hasta que tan discreta, porque Luzmila era un desastre en cuestiones de organización pero también la prudencia en persona, salió de su recato y, con voz tenue:

–Es que —dándose tironcitos de la falda y señalando con un arquear de cejas al tío Braulio—, él, dijo «mamá».

–Pues si de verdad fue así —terció Jacinto, hombre ya entrado en años consorte de la prima Juliana, una jovencita— podéis haceros una idea de qué cimien...

—Espera un poquito, hombre —la prima—, que no es ahí.

—Pues yo diría que...—él, desconcertado.

—Vale, «mamá» —Calpurnia, resignada «porque lo que es es te pongas como te pongas», dijo, y que quién la liaría a ella para llevar una contraria tan tonta pero que se iba a enterar—, «mamá» pero con el pragmatismo de Isadora.

—Ah —Jacinto—, si ha de ser con el pragmatismo de Isadora...

— ¿Y qué te estoy diciendo? —Juliana.

Y que ella no quería molestar “ya sé que tengo fama de ser bastante *melindres* y una de esas embarazadas latosas” pero si esa era su cruz cargaría sin protestar con ella pero, y que la perdonasen, alguien se había perdido, o saltado alguna intervención de manera que, si queríamos retomar el hilo en condiciones, a ella le parecía que teníamos que remontarnos, ir a buscar bastante, bastante más atrás.